

Por Carla Lucía Reinoso
(carlaluciara@hotmail.com)

Una aventura que no termina



Cuando tomé la decisión de ser mamá nunca imaginé que el tiempo pasaría tan rápido. Recientemente leí en redes una frase que me caló en el fondo de mi corazón: “Las noches son tan largas. Pero los años son tan cortos.” En un abrir y cerrar de ojos, aquellas personitas a quienes tuve en mi vientre y que llegaron a trastocar mi mundo crecieron y, más allá de la talla, se estiraron en sueños, intereses e inquietudes.

La pregunta que hacíamos como un juego, “¿qué vas a ser de grande?” se materializó en un abrir y cerrar de ojos, y ahora me encuentro en este fascinante proceso de

acompañar a mi hijo mayor en la toma de una de las decisiones más importantes de su vida: ¿qué voy a estudiar ahora que ya soy grande?

Desde mi profesión como psicóloga he tenido la oportunidad de

Desde mi profesión como psicóloga he tenido la oportunidad de acompañar a varios chicos en esta aventura de autodescubrimiento, encaminado a reconocer sus intereses, habilidades, aptitudes y fortalezas, que van tomando forma hacia un camino que marcará el resto de su vida.

acompañar a varios chicos en esta aventura de autodescubrimiento, encaminado a reconocer sus intereses, habilidades, aptitudes y fortalezas, que van tomando forma hacia un camino que marcará el resto de su vida.

Pero acompañar a tu propio hijo ha sido una verdadera montaña rusa de emociones, en la que la intuición y el amor incondicional han sido las estrategias que más he puesto en práctica para dejar de angustiarme por si estoy haciendo y diciendo lo correcto.

Qué importante es acompañar a tus hijos desde la escucha activa,

respetuosa, sin juzgar, incluso si las ideas que empieza a barajar tu hijo te suenan descabelladas. “Son sus sueños y anhelos, no los tuyos”, me repite una vocecita interna.

Escuchar sin juzgar me ha ayudado a ganarme esa confianza tan importante en esta etapa de vida en la que los padres estorbamos.

Desde este vínculo he podido generar un diálogo de análisis sobre las primeras opciones que se presentan en relación a qué carrera estudiar y en dónde, y ayudar así a establecer un criterio de realidad que va moldeando una idea y posteriormente una decisión.

Como buena psicóloga he presionado para que mi hijo realice algunos procesos de autoconocimiento. Al inicio, cuando se lo propuse, una mueca poco agradable fue su respuesta; pero al final hizo su proceso y descubrió muchas cosas que yo ya veía, pero que él no notaba.

Esto sirvió para que mi hijo reafirmara que lo que quería estudiar era coherente con su propósito:

Qué importante es acompañar a tus hijos desde la escucha activa, respetuosa, sin juzgar, incluso si las ideas que empieza a barajar tu hijo te suenan descabelladas.

un propósito que él mismo descubrió.

El siguiente paso fue buscar en dónde estudiar. ¡Aquí, allá o más allá! Qué locura los precios, las opciones de financiamiento, las becas... ¡ufff! Pero había que ponerse pilas. Así, organizamos un plan de búsqueda de universidades, ofertas académicas, mallas curriculares y, lo más importante, si el presupuesto alcanzaba.

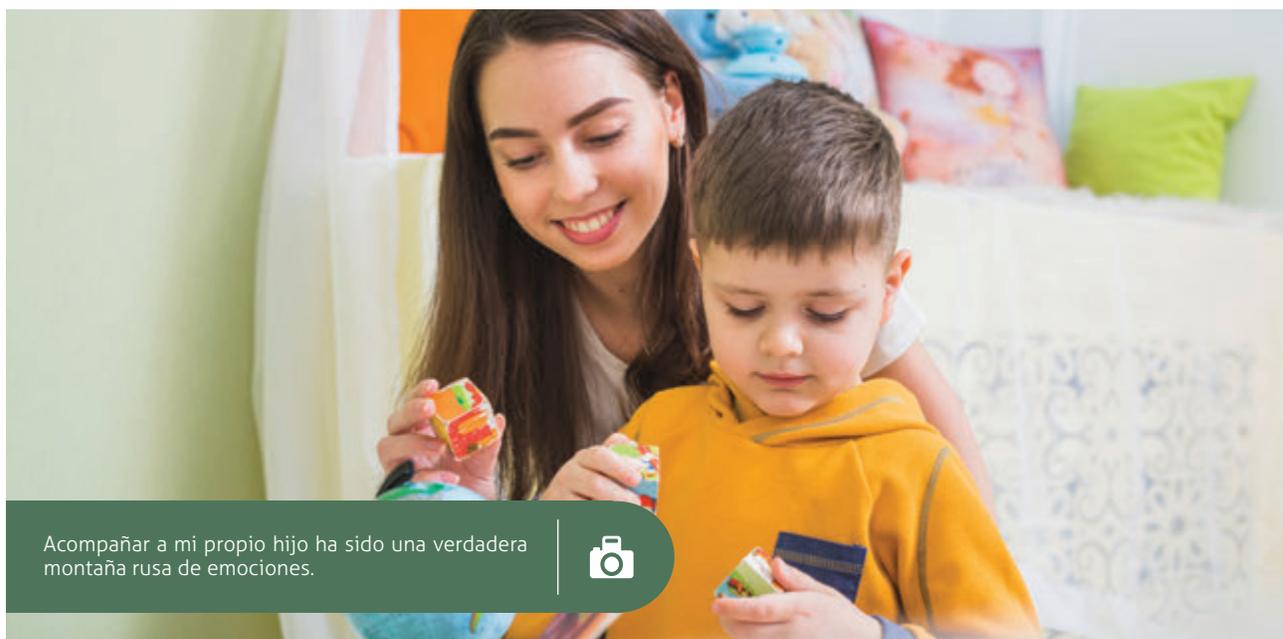
Ahora tenemos algunas opciones claras, ¡pero el 98 % está fuera del país! Nooooo... ¿cómo decirle que no te vayas?... ¡imposible! Ver su emoción al revisar una y otra vez las oportunidades que se le abren al estudiar en una u otra universidad acalló cualquier intento mío de pedirle que se quedara.

Me he hecho la dura mucho tiempo, alentándolo a seguir ese pro-

pósito que le da sentido a su vida, mentalizándome cada día que los hijos son prestados y que la mejor herencia que les podemos dar es esa seguridad y todas las herramientas personales y emocionales posibles para que alcen su vuelo y conquisten su mundo. Pensar lo contrario sería menospreciar la capacidad de los hijos.

Acompañemos a nuestros hijos con entusiasmo, confianza y mucho amor. Que cada día descubran nuevas razones para siempre volver a casa cuando lo necesiten. Seamos coherentes en nuestros mensajes, y que nuestro mayor legado sea la libertad de ser, de hacer, de ser felices.

Esto lo viví con mi hijo cuando miramos el último episodio de *Modern Family*. Cuando el clan se dividió porque cada quien tenía que cumplir su meta, fue un capítulo que lloramos los dos porque, si bien ya no estaré 24/7 de manera presencial, lo estaré espiritualmente. Ahora más que nunca sé que mi hijo sabe que la puerta de su casa siempre estará abierta.



Acompañar a mi propio hijo ha sido una verdadera montaña rusa de emociones.

